

Descubrimiento y trayectoria de la persona según María Zambrano

*Juan José García*¹

Resumen

La persona es un tema central en el pensamiento de María Zambrano:² una realidad y una noción que, según la pensadora, han tenido una trayectoria histórica. Comienza con el surgimiento del individuo en Grecia -lo que supone un tiempo propio para el hombre, que debe hacerse cargo de la situación de la polis, algo inédito en los conatos de sociedades anteriores-, y llega a su plena configuración con el Cristianismo: el “hombre interior” de San Pablo es pensado por

1 El autor es Doctor y Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Actualmente es profesor estable de la Facultad de Teología del Uruguay, donde imparte Metafísica. jjgarcia48@gmail.com

2 Filósofa y ensayista (Vélez-Málaga, 1904 - Madrid, 1991), discípula de Ortega y Gasset, con profunda influencia de Unamuno. Profesora auxiliar de Metafísica en la Universidad Central de Madrid, debe abandonar España al finalizar la Guerra Civil por su compromiso con la causa republicana. Continúa su magisterio en México, Cuba, y Puerto Rico. En 1953 se instala en Roma. En 1964 va a vivir a La Pièce. Posteriormente se traslada a Ferney-Voltaire. El 20 de noviembre de 1984 regresa a España y vive en Madrid. Itinerarios que señalan su condición de exiliada que marca profundamente su escritura, cuya nota distintiva es la “razón poética”. Una razón que sabe dar cuenta del “sentir de las entrañas”, metáfora que alude a esa dimensión del ser humano a menudo ignorada, cuya expresión requiere el recurso a la literatura -en concreto, a la poesía-. *Filosofía y Poesía* es uno de sus primeros libros. En 1981 recibe el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. Al año siguiente la Universidad de Málaga acordó su nombramiento como Doctora honoris causa. Y en 1988 se le otorga el Premio Cervantes.

San Agustín, quien, al rescatar de su frustración al hombre antiguo, hace nacer al hombre nuevo con el que comienza Europa, e incorpora a la noción de persona su dimensión afectiva, el “corazón”. El hombre moderno europeo, entusiasmado con su capacidad creadora, perdió de vista los abismos de vileza propios del corazón, cayendo así en un endiosamiento perverso desde el que generó lo que la autora denomina la historia “sacrificial”, ese sacrificio ininterrumpido de la persona en el transcurso histórico por el poder que instaaura el hombre cuando se idolatra a sí mismo. Para eludir este desatino, Zambrano propone la democracia como el régimen que mejor se adecúa a la condición humana porque implica una exigencia ética irrenunciable.

1. La persona, la sociedad y la historia

María Zambrano piensa desde la persona la sociedad y la historia³, realidades que adquieren su carácter propio solo cuando el ser humano toma conciencia de su condición personal que ha tenido una trayectoria histórica hasta su plena manifestación⁴. Y cuya vigencia en la vida humana implica la aceptación por parte del hombre de ese carácter exclusivo de su ser que le lleva a tomar conciencia de que tiene que hacerse cargo de sí mismo y de su singular condición por la que, en rigor, no encuentra un puesto definido en el cosmos, como los demás seres: “la historia nos muestra que no le es posible al hombre instalarse en lugar alguno”⁵.

Solo quienes se hacen cargo de que son personas, con una responsabilidad intransferible para hacerse su propia vida, llegan a tener propiamente una historia personal propia, plasmada en una trayectoria en la que se puede detectar un argumento: el de una íntima esperanza que ha sido la razón de sus decisiones, porque “la esperanza es el fondo último de la vida humana”⁶. Y por esta razón el hombre “que no camina hacia la santidad, camina hacia la historia, quiere salir de sí para realizarse acá en la tierra”⁷.

A su vez, este hacerse cargo de la propia historia personal es condición imprescindible para llegar a tener conciencia histórica, ampliación que ese autoco-

3 María Zambrano, *Persona y Democracia. La historia sacrificial* (Madrid: Siruela, 1996), 145-167.

4 Juan José García, *La persona y su contexto socio-histórico en el pensamiento de María Zambrano* (Pamplona: EUNSA, 2005), donde se desarrolla la vinculación entre persona, sociedad e historia.

5 Zambrano, *Persona...*, 45.

6 María Zambrano, *La agonía de Europa* (Madrid: Trotta, 2000), 63.

7 Zambrano, *La agonía...*, 81.

nocimiento adquiere cuando entra en relación con los otros y con el pasado. El hombre advierte, al saberse responsable de su vida, que no está solo: forma parte de una sociedad configurada en el transcurso del tiempo, con una historia en la que se ha ido construyendo a partir de las decisiones de sus integrantes.

Para Zambrano, sin conciencia histórica no hay verdaderamente historia, convirtiéndose el pasado en una acumulación de hechos que no son propiamente históricos⁸. La historia sólo surge cuando el pasado de la sociedad en la cual el hombre vive incide de un modo efectivo en su proyecto sobre sí mismo con relación al medio, en los proyectos que hace sobre ese mismo medio y en el modo de realizarlos. En definitiva, cuando el hombre alcanza una conciencia histórica porque por medio de ella “se podría ir logrando más lentamente lo que la esperanza pide y lo que la necesidad reclama”⁹.

Además, puntualiza la autora, sólo cuando el hombre llega a saberse persona es capaz de relacionarse *personalmente* con sus semejantes. Sale así a un modo de convivencia cualitativamente diferente del que se daba en la fratría o en la tribu, donde cada uno es exclusivamente la función, el papel, que en ese “cuerpo” -conato de sociedad- le ha tocado desempeñar por las circunstancias de su nacimiento, sin poder tomar ninguna decisión que exceda la circunscripción de lo ancestralmente establecido. Por el contrario, en la sociedad, el hombre elige su lugar propio dentro de un ámbito común con el de sus semejantes. Elección libre, condicionada por las elecciones de los demás y el pasado social, pero no determinada, aun cuando esos condicionantes pudieran parecer insuperables¹⁰.

2. Historia de la noción de persona

La conciencia de ser persona ha tenido una historia en la humanidad, señala Zambrano¹¹. Fue una conquista progresiva del pensamiento ayudado por una inspiración que tiene su fuente en una revelación en el seno del Cristianismo. Este origen inspirado está en la línea de su propio modo de hacer filosofía: pensar el saber, un saber que no excluye el sentir; pensar -y por eso es filosofía- un saber

8 “La realidad que es la historia ha sido larga, pesadamente padecida por la mayoría de los hombres y especialmente por esos que integran la multitud, “la masa”, pues le ha sido inasequible el único consuelo: decidir, pensar, actuar responsablemente o, al menos, asistir con cierto grado de conciencia al proceso que los devoraba.” Zambrano, *Persona...*, 20

9 Zambrano, *Persona...*, 21.

10 Zambrano, *Persona...*, 130-135.

11 Zambrano, *Persona...*, 41.

que bien puede ser una creencia, religiosa o de otra índole¹². Porque “aún en el pensamiento, hace falta la inspiración”¹³, afirmación que se hace plenamente comprensible desde su crítica a la razón racionalista que pretende no admitir otro fundamento que un exclusivo y excluyente ejercicio de la razón.

Según Zambrano, el origen revelado del descubrimiento de la persona no excluye que haya sido también una conquista humana: detenidamente lo expone en *La agonía de Europa*, donde sostiene que es el pensamiento de San Agustín el que da vigencia cultural al *hombre interior* de San Pablo¹⁴, “que supo más que nadie de la desesperación y de la esperanza que nace sobre ella”¹⁵. Por eso “en San Agustín el hombre nuevo ha nacido ya; ya sabe lo que tiene que esperar”¹⁶.

La autora hace referencia solo a dos libros de San Agustín: *Las Confesiones*¹⁷, del que transcribe en el curso de sus reflexiones solo unos pocos textos, breves, y *La Ciudad de Dios*¹⁸, del que no toma ninguna cita. “Sus dos libros más celebrados -puntualiza- marcan el itinerario: de las *Confesiones* a *La Ciudad de Dios*. En uno encontramos al protagonista que buscábamos. El otro es el mundo hacia el que se dispara, el mundo que se echa a buscar. Y tendrá que ir por las *Confesiones*, desde las *Confesiones*, a *La Ciudad de Dios*”¹⁹.

En esa historia de la aparición de la persona hubo pasos, no acació como un descubrimiento súbito. El primero fue el surgimiento del hombre como individuo en la *polis* griega²⁰ que, según Zambrano, se trata de una condición imprescindible para la revelación del hombre como persona porque la persona emerge desde la soledad que implica esa individualidad.

La característica definitiva del individuo para Zambrano es poseer un tiempo propio. Así comienza a existir el hombre en soledad. Una soledad que obliga a pensar, porque no está todo definido como en los estadios anteriores a la sociedad propiamente tal, donde el hombre se limita a cumplir una función asignada por las circunstancias de su nacimiento.

12 Chantal Maillard, *La creación por la metáfora. Introducción a la razón-poética* (Barcelona: Anthropos, 1992), para una caracterización precisa sobre el modo de filosofar de María Zambrano.

13 María Zambrano, *El hombre y lo divino* (Madrid: Siruela, 1992), 59.

14 Zambrano, *La agonía...*, 75-76, 82.

15 Zambrano, *La agonía...*, 67.

16 Zambrano, *La agonía...*, 67.

17 San Agustín, *Las Confesiones* (Madrid: Tecnos, 2012).

18 San Agustín, *La ciudad de Dios* (Madrid: Tecnos, 2010).

19 Zambrano, *La agonía...*, 72.

20 Zambrano, *Persona...*, 130.

En la *polis* griega hay una igualdad fundamental de todos los ciudadanos por el hecho de pertenecer a una misma ciudad de la que son responsables: son ellos quienes la van creando a la vez que resultan generados como ciudadanos por esa misma ciudad²¹. Aunque la categoría de individuo, en el momento de su nacimiento, era un privilegio exclusivo de los ciudadanos mientras que el resto de los que vivían en la ciudad padecían la condición de esclavos, o de simples habitantes que ejercían oficios serviles.

Aun con esas restricciones, Zambrano sostiene que se ha generado un espacio vital para el hombre, un cierto vacío que debe llenar con su actuación pública, con su actividad política²²; un género de actividad inédito hasta ese momento porque en la tribu todo estaba estipulado desde el nacimiento a la muerte, no pudiendo ser modificado sino al precio de convertirse en un enemigo. No podían existir iniciativas nacidas de la libertad por carencia de un tiempo exclusivo para cada uno, porque el ejercicio de la libertad implica un tiempo personal distinto del compartido con el resto de los hombres.

Por limitado que pueda parecer definir al hombre como individuo, Zambrano señala que supone un avance importante, porque anteriormente -en la fratría, en la tribu- ni siquiera existía como tal: sólo era parte integrante de un conjunto de hombres al margen del cual carecía de identidad. Hasta podría decirse que ni tenía alma, característica que en Egipto sólo correspondía al faraón por privilegio divino.

Esta carencia de libertad, por falta de un tiempo personal imprescindible para su ejercicio, anulaba la historia, evidentemente no como ausencia de hechos, sino como serie de sucesos donde se puede rastrear un “argumento” tramado por la libertad humana. Sólo cuando el hombre está presente, al menos como individuo, uniendo en el presente el pasado con el futuro, puede haber historia²³.

21 “Acaeció en Grecia, en la *polis*, un tipo de sociedad que nunca había existido. Anteriormente existía la tribu, la fratría, el reino, las monarquías absolutas orientales y la egipcia, en la cuales, el único destacado, diverso de los demás, con rango verdadero de individuo, era el jefe, el rey o faraón o algún otro personaje legendario. El ser individuo comenzó, pues, por ser un privilegio que hundía sus raíces en los sagrados.” Zambrano, *Persona...*, 130-131.

22 Zambrano, *Persona...*, 132.

23 “Pues hay períodos, que han durado siglos, en que un pueblo ha vivido bajo el pasado, arrastrando el tiempo como un manto, en ocasiones glorioso, que no puede sostener. Es necesario sostener nuestro pasado, pero sólo se consigue cuando se avanza hacia el futuro, cuando se vive con vistas a él, sin dejarnos tomar de su vértigo. Cuando en un equilibrio dinámico conseguimos unir pasado y futuro, en un presente vivo, como una ancha, honda pulsación.” Zambrano, *Persona...*, 33.

Zambrano atribuye a esa ausencia del hombre como individuo, aún más como persona, la permanencia en el transcurso del tiempo de unos conatos de sociedad en los que no estaban dadas las condiciones para la progresiva humanización de sus integrantes. Porque cuando el hombre ya vive como individuo, más aún como persona, necesariamente se rebela contra lo que sea un obstáculo en la vida social para realizar su propia vida de acuerdo con esa específica modalidad suya²⁴.

3. La noción de persona elaborada por San Agustín

La persona, que es la plenitud del individuo porque es la identidad más propia de la individualidad del hombre²⁵, surge con el Cristianismo. En el pensamiento de Zambrano, como quedó apuntado, “el hombre interior” de San Pablo cobra vigencia cultural con la interpretación que hace San Agustín de ese nuevo tipo humano. Agustín de Hipona, en la caracterización que hace la autora, es un hombre plasmado en la Antigüedad, que llega a la nueva Fe desde la desesperanza en que había dejado al hombre antiguo tanto la Filosofía griega como el poder romano: un hombre reengendrado que no ha perdido su anterior condición cultural²⁶.

San Agustín, en la visión de Zambrano, da un cauce diferente a las aspiraciones del hombre antiguo que habían llegado a una frustración paralizante. Y en su pensamiento nace la nueva orientación con la que surge Europa, heredera de la Antigüedad, pero *diferente respecto de la filosofía griega y del poder romano, que permanecen renovados* en la cultura naciente. Esa diferencia está en el surgimiento de un hombre nuevo por haber renovado el argumento de su esperanza.

24 “Que el individuo en su plenitud de ser persona sea la finalidad de la historia indica que sólo muy tardíamente el individuo ha sido visible, teniendo en cuenta que sólo en época relativamente moderna ha comenzado a actuar como tal.” Zambrano, *Persona...*, 130.

25 “La persona es algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como un valor supremo, como última finalidad terrestre y en este sentido era así desde el principio; mas como futuro a descubrir, no como realidad presente, en forma explícita.” Zambrano, *Persona...*, 130.

26 “San Agustín ha atraído siempre tan fuertemente porque es el primer “Padre” en una era de “padres” en que se supo más que nunca que el hombre necesita ser reengendrado; en que la voracidad del instinto carnal fue reprimido en la castidad, para dar paso a la fecundidad solitaria del espíritu, que tenía que dar a luz el nuevo hombre. San Agustín ha sido el padre de Europa, el protagonista de la vida europea.” Zambrano, *La agonía...*, 66.

Este hombre nuevo es el hombre interior: “Vuelve en ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad”. El hombre europeo ha nacido con estas palabras. La verdad está en su interior; se da cuenta por primera vez de su interioridad y por eso puede reposar en ella; por eso es independiente, y algo más que independiente, libre²⁷.

Resulta difícil desde la perspectiva actual, piensa Zambrano, hacerse cargo de la novedad que suponía esta interioridad, que otorga una independencia y una libertad inéditas en el mundo antiguo donde Sócrates tuvo que pagar con su vida la inaudita audacia de pensar libremente y de hacer pensar en libertad. El núcleo de esta novedad es la capacidad del hombre para ser receptáculo de la verdad, que puede reflejarse en su alma. La autora establece un contraste con los estoicos para que se comprenda mejor este cambio.

Recobra su interioridad. Si observamos a los estoicos, ¡con qué cautela hablan del “ánimo”, como de un enfermo crónico al que hay que acallar y dormir! En el estoicismo, que tanta vigilia exige, por otra parte, hay un cuidado de mantener quieto y aun dormido algo terrible. Porque esta interioridad no tiene medida; si en ella se encuentra la verdad, también ese punto que la refleja en algún modo tiene que participar de su infinitud. Y así es: ser persona cristiana es ser infinito y sin medida; ser individuo estoico es tener una medida, es estar sujeto a un límite²⁸.

Con la elaboración agustiniana de la revelación cristiana, esa interioridad sin medida, en la que se refleja la verdad, cobra vigencia y se convierte en un auténtico descubrimiento para el hombre, que toma entonces conciencia de su propia grandeza. Lo que oscuramente intuyeron los egipcios respecto del faraón, que tenía un alma por ser hijo de Dios -paralelismo con la cultura egipcia mencionado anteriormente-, pasa a convertirse en patrimonio de todos los mortales, de cada hombre.

La persona cristiana (...) no tiene límite, ni para sus fuerzas, ni para su vida, ni para su muerte. Hay algo en el hombre que todo lo traspone y trasciende; ser hombre es poseer esta interioridad que lo trasciende todo, esta interioridad inabarcable. Por eso una persona, un cristiano, es como una perspectiva infinita que no se agota jamás en ninguno de sus actos ni en todo ellos juntos; es lo que está siempre más allá; está en el fondo, tiene fondo²⁹.

27 Zambrano, *La agonía...*, 76.

28 Zambrano, *La agonía...*, 76.

29 Zambrano, *La agonía...*, 76.

4. La “vida eterna” frente a la inmortalidad de los griegos

Señala Zambrano la “barbarie” que suponía en el mundo greco-romano identificar “esta interioridad inabarcable” con el corazón, sede de lo oscuro, de lo elemental, de lo casi animal, tal como lo postula San Agustín, por el énfasis que el pensamiento griego había puesto en lo inteligible, en lo diáfano, en lo que se hace transparente por la luz. Motivo por el cual el hombre griego busca la inmortalidad, una inmovilidad que está en las antípodas de lo anhelado por San Agustín: la vida eterna, que por eterna no deja de ser vida, con todo lo que ello implica. Por eso él “nos presenta al hombre entero y verdadero, es decir, al hombre real en carne y hueso, cuya revelación constituyó el verdadero escándalo”³⁰.

Escándalo porque este Padre, el que más influyó en Europa según la autora, está creando un espacio vital para el hombre íntegro, que no lo encontraba en el mundo antiguo, lo que supone una liberación. Liberar al hombre en su integridad implicaba reconocer y dar cauce, dentro del ámbito de lo humano, a esa interioridad abismal, con una parte terrena, medio animal, que cuando se entenebrece oculta hasta la misma verdad que la razón consigue; lo cual era inaceptable para la mente griega. El hombre griego buscaba en la transparencia de la verdad, así como en la belleza, un ámbito al resguardo de la “impureza” propia de la vida en permanente cambio³¹.

De ese corazón, con sus razones, señala Zambrano aludiendo a Pascal, hay que hacerse cargo porque, siendo como el resumen de la persona, aspira a una transparencia sin la que la verdad no puede enamorar ni fecundar la vida³². Lo propio de la verdad es su nitidez, ser diáfana; y el corazón, resumen y culminación de las “entrañas” -metáfora con la que la autora denomina la dimensión afectiva del hombre más próxima a su condición animal-, tiende a enturbiarse por su propio modo de ser, en cuyo caso ya no se hace apto para hacer llegar la luz de la verdad a las entrañas, siendo el mediador entre esos dos ámbitos.

30 Zambrano, *La agonía...*, 77.

31 “El griego no tuvo vocación para la vida; la tuvo para la razón, la belleza, para cosas que sólo alcanzarían su ser en un lugar que no es la vida ni la muerte, sino la inmortalidad. Y por eso descubrieron la inmortalidad, que en ellos tiene más claridad y forma que en parte alguna. Y este descubrimiento y afanzamiento revela su genio positivo y creador: horrorizándoles tanto la vida como la muerte -que eso es el pesimismo- descubrieron la inmortalidad, suerte de trasmundo, descubrieron el *ser*. Ser que es contrario en cierto modo a la vida.” Zambrano, *La agonía...*, 69-70.

32 “El drama de la Cultura Moderna ha sido la falta inicial de contacto entre la verdad de la razón y la vida.” María Zambrano, *La Confesión: Género literario* (Madrid: Siruela, 2004), 17.

Si esto ocurre, se pierde la unidad de la vida, quedando los íferos del hombre -otra metáfora zambraniana para referirse a la dimensión más primitiva y oscura del ser humano- al margen de la verdad, porque es a través del corazón como debe llegar la verdad a los ámbitos más elementales de la vida. De ahí la necesidad de su ineludible transparencia.

Esto es un auténtico desafío que implica todo ese cuidado, esa “cura”, que San Agustín expone en sus *Confesiones* y que Zambrano atisba como “método”, porque “toda vida es ante todo dispersión y confusión, y ante la verdad pura se siente humillada. Y toda verdad pura, racional y universal tiene que encantar a la vida, tiene que enamorarla”³³, lo que conseguirá sólo si ha llegado al corazón, que ineludiblemente debe hacerse transparente, a través de ese “método” de la confesión, para poder enamorarse de ella -método, y no solo un género literario, que la filósofa asume por la legitimidad que tiene para lograr una transparencia imprescindible en la vida-³⁴.

5. El hombre nuevo europeo a partir del Renacimiento

En su diagnóstico del hombre europeo, Zambrano sostiene que este hombre nuevo, consciente de su grandeza, “se mareó” -es la expresión que usa la autora- a partir del Renacimiento³⁵, por haber olvidado lo que San Agustín había dicho sobre el corazón como sede de lo irracional, de lo brutal. Precisamente esa ambivalencia es la que determina que no se lo pueda descuidar, ya que descuidado puede enturbiarse o generar rencor, lo cual distorsionará la integridad de la vida humana.

El europeo sólo tuvo presente la similitud divina que poseía por su capacidad de crear y olvidó el corazón, puntualiza Zambrano. A partir del Renacimiento y a medida que el idealismo va configurando la vida europea el hombre “se evitaba a sí mismo y eludía su propia imagen”³⁶. El europeo adora al Dios creador semítico y no al Dios de la misericordia del Cristianismo: “Porque al adorar a este Dios de

33 Zambrano, *La confesión...*, 1995), 17.

34 Juan Fernando Ortega Muñoz, *Introducción al pensamiento de María Zambrano* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994), 159-185. En el capítulo VI: “La confesión, género literario y método en filosofía” estudia la influencia de San Agustín en la autora. Muy bien desarrollado también en la introducción de Mercedes Gómez Blesa a *Claros del bosque*. Mercedes Gómez Blesa, introducción a *Claros del bosque*, de María Zambrano (Madrid: Cátedra, 2011), 51-65.

35 María Zambrano, *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antífona* (Barcelona: Anthropos, 1989), 30.

36 Zambrano, *Senderos...*, 31.

la creación y de la misericordia, se subraya lo primero. De las dos actividad de la Divinidad, la primera parecía atraer más que la segunda³⁷. Esto configura la acción humana que pierde su norte porque ya no es su parámetro el Dios salvador del hombre a pesar de sus miserias, sino un Dios que saca al mundo de la nada, con el que el hombre quiere competir, sabiendo que está hecho a su imagen y semejanza³⁸.

El descubrimiento que el hombre hace de su dimensión personal, si bien lo lleva a su plenitud, encierra una ambivalencia propia de todo lo humano, como reiteradamente afirma Zambrano. Según la autora, cuando el liberalismo toma del Cristianismo su concepción de la persona como lo más valioso del mundo, pero olvidando que la confianza cristiana en el hombre se fundamenta “no en todo lo del hombre, sino en aquel punto por el cual es imagen de alguien que al mismo tiempo que le ampara le limita”³⁹, la historia se precipita, en el sentido de que cada vez ocurren más cosas como consecuencia de una acción humana que ha perdido su norte y sus límites.

Zambrano señala que parecería que el hombre quisiera hacer todo de nuevo, habiendo perdido el sentido de su acción, que así resulta inéditamente desastrosa por la ilimitada capacidad que descubre en sí mismo. Porque cuando toda esa potencialidad no está orientada hacia su propia humanización degenera en un intento de endiosamiento imposible que acaba convirtiéndolo en ídolo, ya que no puede ser dios; y como todo ídolo, dios falso, necesita de víctimas para continuar existiendo.

Con esta aberrante visión, el hombre se ve arrastrado por objetivos que nunca antes se le hubieran ocurrido. Por todo esto la historia se vuelve cada vez más *sacrificial*, en terminología de Zambrano. La conquista que supuso para el hombre llegar a reconocerse como persona implicaba en los hechos, con frecuencia, un fracaso proveniente de ignorar esos abismos de vileza que anidan en su corazón, los cuales proyectados en la realización de la sociedad y de la historia cobraron proporciones gigantescas.

Y porque toda dimensión humana implica una grandeza, ambigua, buena o perversa, según el uso que de ella haga el hombre con su libertad, cuanto más se

37 Zambrano, *La agonía...*, 48.

38 “Y así podemos hoy preguntarnos: lo realizado por Europa en su religión ¿ha sido el cristianismo? Y la verdad es que basta sentirse cristiano en un grado mínimo para presentir y vislumbrar que no, que lo realizado por Europa no ha sido el cristianismo, sino, a los más, su versión del cristianismo, la versión europea del cristianismo. ¿Es posible otra, que sea europea, y sobre todo cristianismo, un naciente auroral cristianismo?” Zambrano, *La agonía...*, 61.

39 Zambrano, *La agonía...*, 29.

acerca esa dimensión humana a lo divino resulta más demoníaca si se actualiza perversamente; en consecuencia, son más diabólicos los efectos que proyecta sobre la vida humana.

6. La persona, fundamento de una sociedad y de una historia éticas

Aun cuando el diagnóstico que hace la autora sobre lo ocurrido con el hombre europeo y su denuncia del sacrificio que ha sido la historia desde el descubrimiento que hizo el hombre de esa dimensión cuasi infinita que tiene su persona, hay en Zambrano una esperanza profunda, paradójicamente, dada precisamente por el hecho de que cada hombre es persona. Se trata del fundamento de la libertad por la que el hombre puede amar, lo que le otorga un carácter exclusivo dentro del mundo creado visible, aunque nunca deje de estar presente el riesgo de idolatrarse que la libertad implica. Por eso cuando investiga las razones de la violencia europea en *La agonía de Europa*, sostiene que es la soberbia humana, la sugestión diabólica del “seréis como dioses”⁴⁰, lo que lleva al hombre a apartar la vista de lo que le resulta intolerable para sus ilimitados proyectos. En *Los intelectuales en el drama de España* señala el contrapeso con el que en la Edad Media quedaba asentada la grandeza de la persona, la enseñanza íntegra que sobre la persona hizo el Cristianismo.

En las iglesias románicas y en las catedrales góticas hay una sinceridad, una valiente osadía con que el hombre se planta ante sus verdaderas pasiones, se para ante sus propios abismos y los muestra con espanto, y sin hipocresía. Arroja al alma humana los monstruos de la carne, el demonio y los secretos contubernios, con la bestia siempre en acecho; sus rebeliones y sus alianzas monstruosas, todas sus traiciones, en fin, y le dice: eso tienes en tu camino, eso has hecho y puedes hacer en cada instante, todo eso tienes en tu posibilidad⁴¹.

Descubrirse como persona, entonces, ha sido un logro que el hombre fue haciendo en su historia. Y aunque esa noción adviene con el Cristianismo no ha dejado de ser también una elaboración humana que solo se explica desde la opción que hizo el hombre europeo en el ejercicio de su libertad.

40 “El “seréis como dioses” de la serpiente despertó en el hombre su deseo de suplantar a Dios en el mundo, de ser Dios dueño de un mundo que él no había creado.” Zambrano, *La agonía...*, 47.

41 Zambrano, *Senderos...*, 31.

Es la libertad humana imprescindible tanto para revelar históricamente la condición de persona que todo hombre tiene, como también para la aceptación de esta realidad en el propio plano individual, puntualiza Zambrano. No basta *ser* persona, sino que hay que saberlo y querer serlo, “pues se trata de una realidad tal que necesita ser pensada y querida, sostenida por la voluntad para lograrse. Para ser persona hay que querer serlo, si no se es solamente en potencia, en posibilidad. Y al querer serlo se descubre que es necesario un continuo ejercicio, un entrenamiento”⁴².

Sólo cuando el hombre se ha revelado a sí mismo como persona, puede identificarse como tal y establecer vínculos personales con sus semejantes. Esos vínculos personales son la textura de la sociedad, cuando ésta “es el lugar de la persona”⁴³. Y por el hecho de ser persona, que para Zambrano “es algo absoluto”⁴⁴, hay una igualdad fundamental entre todos los hombres, que no puede alterar la pluralidad “funcional” que dentro de la sociedad es preciso que haya. En el hecho de ser persona reside la dignidad de cada hombre: el constitutivo valor de cada hombre reside en él mismo y es independiente de sus circunstancias.

7. El descubrimiento de los otros: la Democracia como el régimen más humano

Esa necesidad que tiene la vida de verse, por ser un proyecto anticipado en sueños que el hombre debe contrastar con la realidad para saber en qué medida se van cumpliendo, es particularmente acuciante cuando se trata de la realización de sí mismo como persona, que sólo tiene en otra persona el referente, el espejo viviente, en el cual puede verse.

“La visión del prójimo es espejo de la vida propia; nos vemos al verle. Y la visión del semejante es necesaria precisamente porque el hombre necesita verse. No parece existir ningún animal que necesite contemplar su figura en el espejo. El hombre busca verse. Y vive en plenitud cuando se mira, no en el espejo muerto que le devuelve la propia imagen, sino cuando se ve vivir en el espejo del semejante”⁴⁵.

42 Zambrano, *Persona...*, 152.

43 Zambrano, *Persona...*, 95.

44 Zambrano, *Persona...*, 104.

45 Zambrano, *El hombre...*, 268.

Y por eso la persona implica necesariamente una alteridad, una multiplicidad de seres semejantes. De ahí que tanto la persona como la sociedad sean una confluencia de vínculos personales que no sólo no diluyen la sustantividad de cada persona, sino que la reafirman y le otorgan el medio sin el cual ningún viviente permanece en la vida. Esta es la razón por la que ya en su primer libro, *Horizonte del liberalismo*⁴⁶, Zambrano rechace cualquier modo de colectivismo en el que la persona quede desdibujada; y también que defienda, desde ese primer libro, el derecho que todo hombre tiene a vivir en unas condiciones económicas imprescindibles para que la *vida* de la persona sea un *hecho* en la historia y no quede su máxima dignidad en un puro reconocimiento teórico. De ahí la necesidad de la democracia y la necesidad de “entrenar a las gentes en ella”, porque no se trata solo de un modo en el que la sociedad puede organizarse, sino porque es el régimen más adecuado a la condición humana, con una exigencia ética ineludible, como sostiene en un inédito encontrado en Puerto Rico, de una claridad y concisión singulares:

Y así, por ser la Democracia el régimen más humano -que más fielmente sigue la condición humana en toda su problematicidad- ha de proponerse el entrenar a las gentes en ella. Pues lo propio del hombre, de la vida humana es tener que inventar su propia acción, y descubrir su propio ser. No se es hombre como se es bestia o planta, de una vez y para siempre en forma fija; la condición humana se conquista, de no ser así, no existiría la historia y no hubiéramos conocido sobre el Planeta más que un régimen, una forma de convivir. La ventaja de la democracia es que es el régimen nacido sobre este conocimiento, sobre esta condición, sobre este sentimiento de que ser hombre es cosa difícil y de que todo estado o situación, por alto y ventajoso que sea, puede entenderse; en la inercia es posible y el permanecer y el instalarse en ella es simplemente la muerte, o algo peor⁴⁷.

Cita extensa que introduce el párrafo con el que finaliza este artículo en el que la autora vincula el modo de vida democrático con el desarrollo de la conciencia humana que hace que resulte el medio de elevar las vidas individuales y que así hace posible también el crecimiento de un pueblo.

Corresponde, pues la Democracia a un estado sumamente desarrollado de la conciencia, no sólo política, sino humana en general. La conciencia política no puede

46 María Zambrano, *Horizonte del liberalismo* (Madrid: Morata, 2020).

47 María Zambrano, “Un inédito encontrado en Puerto Rico”, en *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo* por José Luis Abellán, (Barcelona: Anthropos, 2006), 121.

alcanzarse si la conciencia humana no ha llegado a una cierta claridad, pues en este caso, sólo ser veré en lo político un modo de vivir ventajosamente, en lugar de un medio de elevar la vida al nivel más alto de hacer posible también, el crecimiento de un pueblo, el que aquella capacidad de creación que en todo pueblo está contenida, se logre. La Democracia ha de ser creadora⁴⁸.

Bibliografía

- Agustín de Hipona. *Las Confesiones*. Madrid: Tecnos, 2012.
- . *La Ciudad de Dios*. Madrid: Tecnos, 2010.
- García, Juan José. *La persona y su contexto socio-histórico en el pensamiento de María Zambrano*. Pamplona: EUNSA, 2005.
- Gómez Blesa, Mercedes. Introducción a *Claros del bosque*, de María Zambrano, 51-65. Madrid: Cátedra, 2011.
- Maillard, Chantal. *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*. Barcelona: Anthropos, 1992.
- Ortega Muñoz, Juan Fernando. “La confesión, género literario y método en filosofía”. En *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, 159-185. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Zambrano, María. *Filosofía y Poesía*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- . *Persona y Democracia. La historia sacrificial*. Madrid: Siruela, 1996.
- . *La agonía de Europa*. Madrid: Trotta, 2000.
- . *El hombre y lo divino*. Madrid: Siruela, 1992.
- . *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antifona*. Barcelona: Anthropos, 1989.
- . *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela, 2004.
- . *Horizonte del liberalismo*. Madrid: Morata, 2020.
- . «Un inédito encontrado en Puerto Rico». En *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*, por José Luis Abellán, 119-122. Barcelona: Anthropos, 2006.

48 Zambrano; “Un inédito...”, 121.